



EL OBISPO DE TORTOSA

## **DOY GRACIAS A DIOS QUE SE FIÓ DE MÍ Y ME CONFÍÓ EL MINISTERIO**

Apreciados presbíteros:

Quiero dirigirme a vosotros de un modo especial en la carta de esta semana. La celebración de la Misa Crismal, en la que cada año renovamos en presencia del obispo, de los hermanos en el sacerdocio y del Pueblo de Dios las promesas que hicimos ante Dios y la Iglesia el día de nuestra ordenación sacerdotal, es uno de los momentos más significativos para nosotros en el ciclo del año litúrgico. Por ello, aunque las circunstancias que estamos viviendo nos impiden celebrarla con normalidad, os invito a que durante estos días dediquemos un tiempo de oración para agradecer a Dios el don del ministerio y pedirle que nos conceda la gracia de que esta situación tan excepcional se convierta para todos nosotros en una ocasión para apreciar cada día más nuestro sacerdocio y reavivar “el don que recibimos por la imposición de las manos”. La celebración de la Misa Crismal tendrá lugar cuando las circunstancias permitan la presencia de una representación del presbiterio que asegure una mínima dignidad litúrgica. Ese día se bendecirán los óleos de los enfermos y catecúmenos y se consagrará el Santo Crisma. El día 8 de junio, solemnidad de la Dedicación de nuestra catedral, tendrá lugar, si Dios quiere, la renovación de las promesas sacerdotales.

Estas semanas estamos viviendo nuestro ministerio desde el confinamiento. La vida ordinaria de las parroquias se ha visto alterada repentinamente; el pueblo de Dios participa en la celebración de la Eucaristía en sus casas a través de los medios de comunicación social o de los que ofrecen las nuevas tecnologías; la catequesis parroquial de niños y jóvenes ha tenido que suspenderse; la misma celebración de los sacramentos y de las exequias se ha tenido que adaptar a la situación; las reuniones de los arciprestazgos y las actividades diocesanas que se habían programado se han visto tan alteradas que tendremos que hacer una nueva programación cuando todo esto haya terminado. Gracias a Dios en nuestra diócesis estamos logrando que, en la medida en que lo permite la actual situación, aquellas personas más necesitadas de ayuda material o espiritual continúen siendo atendidas. Esto es posible gracias a vuestra presencia en las parroquias y



EL OBISPO DE TORTOSA

también a los voluntarios y trabajadores de Cáritas. Hemos de valorar las iniciativas de todo tipo para continuar anunciando el Evangelio y sembrando la esperanza cristiana que hoy más que nunca necesita nuestro mundo. Estoy convencido que todos estos esfuerzos producirán frutos abundantes.

Durante estas semanas de confinamiento tenemos tiempo para la oración, la lectura espiritual, la meditación y el descanso. Somos privilegiados, porque podemos alimentarnos cada día con el pan de la Eucaristía y, desde casa o saliendo lo estrictamente necesario, podemos atender los asuntos parroquiales y acompañar con la oración a las familias en las exequias de sus seres queridos (algo muy valioso y confortante para ellas porque tampoco pueden sentir la cercanía de los amigos). Esencialmente estamos viviendo nuestro sacerdocio, y esta situación no nos debe llevar a perder la alegría y el agradecimiento por el don que hemos recibido. A pesar de esto, estoy convencido de que durante estos días sentimos que nos falta un elemento esencial del ministerio: el contacto personal con las comunidades cristianas, que se ha reducido a lo mínimo. No podemos olvidar que, aunque somos nosotros quienes hemos recibido el ministerio, no lo hemos recibido para nosotros, sino para la edificación del Pueblo cristiano mediante el anuncio del Evangelio y la celebración de los Sacramentos, con los que el mundo es santificado y consagrado a Dios.

En las circunstancias en las que nos encontramos, hemos de valorar y agradecer las posibilidades que nos ofrecen los medios de comunicación social y las nuevas tecnologías, que nos posibilitan una comunicación virtual con los feligreses, pero sabemos también que esto es un sucedáneo. Nuestra vocación no es ser periodistas o buenos comunicadores, ni tampoco especialistas en el uso de las nuevas tecnologías, sino evangelizadores y pastores del Pueblo de Dios. La evangelización no puede confundirse con la publicidad, porque exige el testimonio personal de que realmente nos creemos lo que anunciamos. El ministerio pastoral de regir y guiar al Pueblo de Dios tampoco puede reducirse a un trabajo realizado desde un despacho, sino que debe ir acompañado por la entrega de la propia vida. Solo si nos convertimos en “modelos del rebaño” nuestro sacerdocio tiene poder para edificar la comunidad. Una vivencia plena y gozosa del ministerio exige la relación con las personas, porque el Señor quiere llegar al corazón de cada una de ellas y porque es el encuentro entre nosotros lo que edifica la Iglesia.



EL OBISPO DE TORTOSA

Por ello pienso que esta situación un tanto extraña y que no nos puede satisfacer plenamente en lo que se refiere a la vivencia del sacerdocio, puede convertirse para todos nosotros, y también para las comunidades cristianas, en un momento de gracia y crecimiento espiritual. A nosotros nos ayuda a crecer en la estima hacia nuestras comunidades y hacia los distintos aspectos concretos de nuestra vida sacerdotal de cada día, que está formada por ocupaciones tan sencillas que a veces a nosotros mismos nos puede dar la impresión de que son socialmente poco valoradas: acogemos en la Iglesia a sus nuevos miembros mediante los sacramentos de la iniciación cristiana; acompañamos a los niños, adolescentes y jóvenes en su camino de crecimiento en la vida cristiana; visitamos a los enfermos y les llevamos el consuelo de la fe; reconciliamos a los pecadores con Dios; nos preocupamos por la atención a los más pobres de nuestros pueblos en la medida de nuestras posibilidades; acompañamos a las familias en el momento del sufrimiento por la muerte de sus seres queridos; participamos en las celebraciones de las fiestas de nuestros pueblos, que son momentos importantes para la vida de las comunidades y la evangelización... Es cierto que en algunos momentos podemos sentir desánimo y cansancio, porque tenemos la sensación de que los resultados de tantos esfuerzos no son los que nos gustaría alcanzar. Pero las circunstancias actuales nos pueden llevar a valorar lo mucho que hacemos, e incluso a descubrir con ojos de fe que -cuando vivimos de verdad nuestro sacerdocio con ilusión y espíritu de entrega- los frutos son más abundantes de lo que imaginamos; nos deben llevar también a amar más a nuestras comunidades aunque no sean perfectas, porque tampoco nosotros lo somos.

Cada año en la Misa Crismal renovamos las promesas de nuestra ordenación sacerdotal. Renovar significa manifestar el deseo de vivir de un modo siempre nuevo nuestro sacerdocio, para que el cansancio no nos venza; para que la aparente indiferencia hacia el Evangelio que descubrimos en nuestro mundo no nos desanime; para que el desánimo no apague la ilusión de la entrega al Señor; para que la vivencia del sacerdocio no vaya de más a menos, sino de menos a más; para que los pequeños deseos no realizados nunca apaguen el amor al Señor. Renovar las promesas sacerdotales significa reconciliarnos con nuestro ministerio purificándolo de todo aquello que no es evangélico. Pido al Señor que cuando termine este confinamiento y nos



EL OBISPO DE TORTOSA

podamos reencontrar de verdad con nuestras comunidades, reemprendamos todos el ministerio con más ilusión y con más esperanza.

Y a todos los cristianos de la diócesis, que también sufrís por la imposibilidad de participar con normalidad en la vida de la Iglesia y de tener el contacto habitual con vuestros pastores, os invito a que durante estos días de Semana Santa oréis por nosotros, para que el Señor nos renueve y nos haga más fieles a nuestra vocación.

Que la Santísima Virgen María, que junto a la cruz acompañó a su Hijo en el dolor, escuche el gemido de todos los que sufren los efectos de esta pandemia y sea para ellos una luz de esperanza en medio de la oscuridad.

+ *E. Benavent*  

---

*Ob. de Tortosa*

+ Enrique Benavent Vidal  
Obispo de Tortosa.

Tortosa, 5 de abril de 2020  
Domingo de Ramos en la Pasión del Señor